

bra, respecto á esto, no es pues una palabra acusadora, es una palabra que da gracias y que bendice.

Pero no hemos concluido por esto con todas las necesidades del pobre; despues de los servicios del dolor, de la verdad y de la educacion, reclama aun el servicio gratuito y popular de la enfermedad y de la muerte. Señores, se dice que la tercera parte de los habitantes de esta gran ciudad muere en el hospital; supongamos que no sea mas que la cuarta parte: ¡qué número tan elevado! De un millon de hombres, mas de doscientos mil deben morir lejos de sus mujeres y de sus hijos, lejos de su familia, entre paredes extrañas, que no dicen nada al corazon, sino angustia y abandono. ¿Qué encontrará allí el pueblo enfermo y moribundo, sino encuentra al Hermano de San Juan de Dios y á la Hermana de la Caridad? servidores mercenarios, servidores asalariados. Quiero y debo respetarlos en todas partes, pero allí! ¿son suficientes para esta hora sagrada de la muerte del pobre? ¿Se estimará en dos francos diarios á los que deben cerrar los ojos de doscientos mil hombres entre nosotros? Digo entre nosotros, porque el pueblo es nuestro; pero por lo demás, no os engañeis sobre esto, en otro sentido hay entre vosotros mismos quienes morirán en el hospital, y tal vez yo mismo tambien moriré allí. Vivimos en tiempos bastante agitados de vicisitudes para estar inquietos por nuestro último momento. Pues bien, si debeis morir allí; si la fatalidad, expresion que no es cristiana, pero en fin, ¡si la fatalidad os llevase allí! Escuchad, vuestra vida se pasa, es corta tal vez, pero tiene un gran momento, el momento de la muerte, el momento de parecer ante Dios; ¿pensais en él? Hé aqui un hombre que dice interiormente: ¡Dentro de un instante voy a ver la eternidad! Crea ó no en ella, ella es un grande abismo. *Ser ó no ser, ha dicho un trágico, esta es la cuestion,*

¡Qué cuestion! ¡Qué cuestion para un hombre solo, abandonado en un hospital, frente á frente con su conciencia, frente á frente con Dios, que escribe tal vez con la punta del dedo su condenacion en la pared, como hizo con Baltasar!

¡Ah! dejad que se acerque á él el amor, pues que hay en la tierra un amor que no cuesta nada; dejad que vaya á él un representante amable de Dios. ¿Porqué hemos de matar el amor, porque Jesucristo es quien lo ha formado por nada? Perseguir á la hermana de los hospitales es perseguir la muerte del pueblo, es condenar á las gemonias por premio de sus sudores á una porcion de la humanidad, y tal vez á vosotros tambien. Tal vez al abogar por la causa de la muerte del pueblo, yo abogo tambien por la causa de vuestra última hora, de vuestro último pensamiento, de vuestro último aliento. Considerémoslo.

El último servicio gratuito y popular es el servicio gratuito y popular de la sangre. La Europa no ha tenido siempre milicias mercenarias como hoy. Hubo un tiempo en que cada nacion no tenia mas que la espada de sus nobles y compañías pagadas con dinero, que se licenciaban despues de la guerra. Los desórdenes inseparables de este género de vida eran mayores entonces, y los pueblos padecian mucho con ellos. La Iglesia ensayó un remedio para esto, y un remedio tambien para la defensa de la cristiandad amenazada por el islamismo, instituyendo esas famosas órdenes militares, tales como los caballeros de San Juan de Jerusalem, los caballeros del Temple, los caballeros Teutónicos, y otros de un renombre menos elevado. Unir la vida monástica con la vida de los campos, realzar el sacrificio de la sangre con el sacrificio de las buenas costumbres y de la piedad, pasar del santuario al combate, tal era el heroico pensamiento que suscitó el nuevo instituto, y que se ha consagrado en la



historia con páginas que no borrará jamás el tiempo. Bien podemos pensar que nuestros regimientos valen tanto como las santas cohortes y la caballería cristiana; pero no olvidemos los tiempos de las Cruzadas, la defensa de Rodas contra Mahomet II y Soliman II, á Juan de la Valette deteniendo por última vez bajo los muros de Malta las fuerzas del imperio otomano, y toda esa gloria en fin, hija de nuestros caballeros, que los siglos nos han traído de su parte.

Tal vez no sería difícil probaros, que aun hoy sería el servicio gratuito y popular de la sangre una feliz y admirable institución. Pero el tiempo urge. Digamos solamente, que si el presente no reclama el auxilio de la caballería cristiana, pueden llegar días en que los pueblos no se desdeñen de su resurrección. Si, pueden llegar días en que no baste ya la espada comun para defenderse contra la invasión de la barbarie, en que la ciencia, cogida en sus propias invenciones, tendrá necesidad de la fe y de la caridad para salvar el honor y la libertad del mundo con armas de que quedará desprovisto el enemigo, aunque estén todas las otras á su servicio, porque todas las demás no exigen mas que química y brazos. Tarde ó temprano quizá prevalecerá el mal por la potestad física, y será necesario que el bien, empapado en otras fuentes, enarbole la cruz tan alto como la espada.

Creo, Señores, haber probado mi tesis; á saber, que la comunidad voluntaria de bienes y de vida es una institución tan notable bajo el aspecto filosófico como bajo el aspecto filantrópico y bajo el aspecto económico, y que nada ha habido en el mundo tan útil y tan grande en favor del pueblo como las órdenes militares, las órdenes hospitalarias, las órdenes docentes, las órdenes apostólicas y las órdenes penitentes. No obstante esta no es mas que una

parte de la historia cenobítica; si quisiese decirlo demás, y hablaros de los servicios prestados por este glorioso instituto á las letras, á las artes, á las ciencias y en las misiones, no acabaría mi discurso en todo el día.

La Francia... ¿podría concluir sin nombrarla en una ocasión en que se me presenta su memoria tan naturalmente? La Francia es el país cenobítico por excelencia. Sin remontar hasta S. Martín de Tours y á ese famoso monasterio de Marmoutiers, la Francia fundó en el siglo X la orden de Cluni, que ha gobernado á la Iglesia por los grandes papas que ha recibido de ella, y que ha sido la renovación de la vida monástica en Occidente; en el siglo XI la orden de los Cartujos, la de los Cistercienses, de Fontevrault, de los Premostratenses; en el siglo XII la reforma de Claraval por S. Bernardo, y los Trinitarios para la rendición de cautivos; en el XIII la orden de Santo Domingo por un español, pero en Francia y con franceses; en el XVI la Compañía de Jesús, nacida en París mismo; en el XVII la reforma de la Trapa por el abate Rancé, los sacerdotes de las misiones de S. Vicente de Paul, las Hermanas de la Caridad, los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Solo nombro, Señores, las principales fundaciones, las demás formarían una lista sin fin. Aun en el día, después de las revoluciones que han trabajado el suelo monástico con todo lo demás, reproduce la Francia sus antiguas órdenes religiosas, y prepara otras nuevas, en virtud de una fecundidad de adhesión que le es tan natural como la riqueza de sus mieses. Ella resucita por todas partes los grandes servicios gratuitos y populares, y mientras que en su superficie lleva las cicatrices de una incredulidad que engaña la vista, saca de sus entrañas una vegetación que regocija el porvenir. Vos-



otros lo ignorais tal vez, Señores, y no lo creis; pero ¿qué importa? la Francia está acostumbrada á hacer grandes cosas, aun sin saberlo.

No diré mas que una palabra, Señores, sobre la comunidad voluntaria de bienes y de vida fuera de la Iglesia católica. Es notable que la antigüedad pagana, salvo una sola excepcion de que os hablaré luego, haya sido completamente estéril bajo este respecto. Encuéntranse en ella colegios sacerdotales, sacerdotes que viven con sus familias al rededor del templo á que están consagrados; pero el monasterio propiamente dicho no existe. Solo se exceptúa de esta regla general el budhismo; el budhismo ha cubierto al Asia oriental de pagodas y de conventos en que se practica la vida comun bajo una reunion de leyes que tienen aparentes analogias con las leyes cristianas del cenobitismo. Los viajeros han hablado muy mal de estas reuniones, que han debido corromperse por la ociosidad. Porque el budhismo no ha sacado de si ningun partido para el servicio público, salvo el espectáculo de cierta penitencia exterior, que no da por resultado un trabajo útil y regular. No digo mas. Un pensamiento religioso, favorecido por la aptitud del Oriente para la contemplacion, ha creado este fenómeno singular, pero lo ha creado muerto, sin provecho alguno para el adelanto de esos pueblos por vias mejores que las en que los han hallado y los dejan consumir los siglos.

El protestantismo, separándose de la Iglesia, ni aun ha conservado la fecundidad búdhica, pues lejos de poder producir un Hermano de las escuelas, ó una Hermana de caridad, no produce ni aun un penitente hindu.

Los Griegos, mas dichosos por la misma razon que han conservado casi toda la doctrina católica, han conservado tambien la tradicion del cenobitismo,

pero sin movimiento. Sus monasterios son como su fe.

De esta ojeada resulta, que fuera del pensamiento religioso, jamás se ha visto realizarse la comunidad voluntaria de bienes y de vida. ¿Cuál es la razon? Yo creo que es fácil de entender, Señores. La comunidad de bienes y de vida no es posible sino con dos condiciones: que el hombre que tiene entre en particion con el que no tiene, y que la gran capacidad se baje hasta la pequeña capacidad para servirla en el mismo rango. Ahora bien, esta abnegacion repugna á la naturaleza egoista del hombre, mientras que no es movida por un principio religioso. El hombre que tiene, quiere usar de su patrimonio para aumentarlo; el hombre que puede, quiere usar de su inteligencia para ascender. Sola la religion enseña á descender y á despojarse voluntariamente, y por consiguiente á asociarse.

Hoy, Señores, que la necesidad de la asociacion se manifiesta por todas partes, y que despues de haber destruido la asociacion cristiana, se quiere reconstruir otra bajo bases de pura razon, ¿qué es lo que vemos? Vemos, entre otros esfuerzos curiosos, consumirse hombres en sueños sutiles y los mas ingeniosos del mundo para sustituir en la asociacion la ley del placer á la ley del sacrificio. Se quiere persuadirse y persuadir á los demás que existe en el caos de las pasiones, de las facultades é intereses humanos un orden matemático y secreto, que siendo descubierto y despues practicado sustituiria por todas partes el gozo al dolor, el gusto al deber, y haria del mundo, en la infinita diversidad de sus funciones, una armonia donde cada cual hallaria y guardaria voluntariamente su lugar, sin que una sola rueda de esta bella máquina rechinase ni se descompusiese jamás. Esto seria Orfeo ó Anfion edificando á Tébas con hombres que acudian al solo sonido de su lira.



La naturaleza humana no ha respondido aun á este llamamiento ingenioso; permanece fria ante este cebo que se le presenta, y opone al placer *armónico*, como se le designa, su antigua y egoísta tenacidad en el placer individual. Cuando quiere *perder su alma para salvarla*, mira á otras partes, sabe dónde está la cruz que inspira y que recompensa el sacrificio. No cree en estas matemáticas del placer, porque el placer está fuera de toda regla, y buscar en ellas su ley ó su unidad, es buscar el orden en el desorden, la afirmacion en la negacion, el sér en la nada. Y aunque esto se consiguiera, ¿qué hombre de corazon querría vivir en una sociedad donde solo el goce tendria satisfaccion? ¿qué hombre de corazon querría pasar sin esfuerzos y virtudes? Si se nos tuviera un dia bajo esa ley desapiada de la del goce, haríamos contra el despotismo de la felicidad tantas revoluciones como hemos hecho contra el despotismo sangriento; romperíamos la rueca como hemos roto el hacha. No es el placer el fundamento de la sociedad, sino la virtud; no es el goce nuestra vocacion en este mundo, sino el trabajo y el dolor. Dios nos ha creado expresamente para producir por nosotros una cosa que él no puede producir solo, es decir, la grandeza en la bajeza, la fuerza en la debilidad, la pureza en la carne y la sangre, el amor en el egoísmo; el bien en el mal, la virtud en un corazon que tenia á cada minuto la libertad de ser un malvado. Hé aquí nuestra vocacion, nuestro destino. Jesuérsto conquistó el mundo porque lo conocia, y porque, esclavo y Dios, lo llenó soberanamente desde lo alto de la cruz. La salud está en pos de él, y toda gloria y toda felicidad tambien. Por esto, gracias á Dios, no fundarán jamas en el mundo una sociedad el placer y el gusto: la desgracia será la mas fuerte, para que lo sea la virtud; habrá en el mundo pobres, preci-

samente para que se dé limosna; llagas, precisamente para que sean curadas; lágrimas, precisamente para que sean aceptadas; trastornos, para que se aspire á la estabilidad; ruinas, para que se humille el orgullo; miserias públicas, para que haya servicios gratuitos y populares; sangre, para que haya santos.

Señores, hemos terminado la primera parte de nuestros Sermones.

Tenia que demostraros la divinidad fenomenal de la Iglesia. Considerando en el mundo á la Iglesia, que es un cuerpo visible y viviente, tenia que probaros que es divino, es decir, que no es el hombre quien lo ha fundado, sino Dios. La demostracion ha sido larga; porque he hablado de ella cinco veces. En 1835, traté ante vosotros de la constitucion orgánica de la Iglesia, y os hice ver que era sobrehumana. En 1836, examiné su constitucion doctrinal, y os hice ver que era igualmente sobrehumana. En los tres últimos años que acaban de trascurrir os he demostrado, por los efectos de la doctrina católica en el entendimiento, en el alma y en la sociedad, que son los tres teatros de toda accion, que la Iglesia, depositaria y órgano de esta doctrina, estaba evidentemente dotada de un poder incomparable y sobrehumano. No tengo mas que decir sobre esto.

Pero ¿quién ha hecho esta obra? ¿Quién ha fundado la Iglesia? ¿Quién le ha trazado su constitucion orgánica y doctrinal? ¿Quién le ha dado sobre el espíritu la potestad de producir en él la humildad, la castidad, la caridad y la religion? ¿Quién le ha dado, en lo concerniente al orden social, una unidad sin ejemplo y una expansion sin limites? ¿Quién, en fin, le ha dado, con respecto á la sociedad puramente natural, el poder de transformar el derecho, la propiedad, la familia, la autoridad, y de crear la comunidad voluntaria de bienes y de vida? ¿Quién, Señores? ¡Ah! yo



le he nombrado ya muchas veces. Es el que está aquí delante de vosotros, es aquel cuyo nombre hará doblar tarde ó temprano toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Yo pronunciaré otra vez, al terminar, este nombre, el mas querido que tengo; lo nombro con fe, con esperanza, con amor, con adoracion.... Jesucristo.

Pero ¿quién es? ¿De dónde viene? ¿De dónde le viene á él mismo su poder? ¿Cuál es su historia? Lo veremos, Señores, lo sabremos; desde hoy os convoco para el año próximo al pie de su cruz, y ojalá que llevemos un corazon aun mejor preparado para la verdad, vosotros para recibirla, y yo para dársela!

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

*El tercer tomo está en un  
cuaderno impreso en Louan,  
Dalafusa y se halla en  
entre mis libros.*

## ÍNDICE.

	Pág.
SERMON XXI. — De la humildad que produce en el alma la doctrina católica. . . . .	1
SERMON XXII. — De la castidad que produce en el alma la doctrina católica. . . . .	23
SERMON XXIII. — De la impotencia de las demás doctrinas para producir la castidad. . . . .	41
SERMON XXIV. — De la caridad de apostolado producida en el alma por la doctrina católica. . . . .	59
SERMON XXV. — De la caridad de fraternidad producida en el alma por la doctrina católica. . . . .	79
SERMON XXVI. — De la religion como pasion y virtud de la humanidad. . . . .	89
SERMON XXVII. — De la impotencia de las otras doctrinas para producir la religion. . . . .	117
SERMON XXVIII. — De la religion producida en el alma por la doctrina católica. . . . .	133
SERMON XXIX. — De la sociedad intelectual pública fundada por la doctrina católica. . . . .	153
SERMON XXX. — Por que es la doctrina católica la única que ha fundado una sociedad intelectual pública. . . . .	177
SERMON XXXI. — De la organizacion y de la expansion de la sociedad católica. . . . .	193
SERMON XXXII. — De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto al principio del derecho. . . . .	215
SERMON XXXIII. — De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la propiedad. . . . .	257